

ct

El nahual

de
Carlos Talancón

(texto completo)

Un ánima. Transitará de un personaje a otro con versatilidad y ligereza, justo como un Nahual, y también se desplazará del presente al pasado con naturalidad, compartiendo su historia con el público del presente, al tiempo que revive y “viaja” hacia su pasado, transitando de una dimensión a otro con soltura.

El ánima se encuentra entre un tiradero de periódicos en algún lugar marginado de la ciudad de México. Viste una playera de Superman. Hurga entre periódicos amarillistas. Busca algo. Al fin, parece encontrar una nota que captura su atención. Lee:

HOMBRE

“Fuentes de la procuraduría confirmaron el hallazgo de seis cadáveres que ya habían fallecido y cuyos cuerpos fueron encontrados sin vida en uno de los parajes del barrio conocido como el hoyo...” *(Dirigiéndose al público, rompiendo la cuarta pared sin pudor alguno. Tal vez el público son interlocutores que él imagina, tal vez es el encuentro entre dos dimensiones, tal vez simplemente porque es teatro:)* El hoyo... si ése era mi barrio. Pinches escalofríos que era entrar ahí. Me cae que sólo hace falta poner un pie adentro pa’ entender por qué lo llaman así... EL HOYO. ¿Pero saben algo? No sé por qué artimañas del demonio uno no deja de tenerle cariño al lugar donde tuvo la desdicha de nacer, aunque se halle metido hasta el fondo del pinche agujero. Si todavía ahora cada que me acuerdo me digo: Ahhh... el deshuesadero de mi barrio, ahí donde seguido andaban encontrando tirados a varios, si ahí es donde por primera vez le fui a jalar el pescuezo al ganso. Sí, digo... perdónenme que se los diga, pero es que esa es la verdad: ahí donde vivía yo no había privacidad. Un pinche cuarto de tres por cuatro, y toda la familia metida ahí. Que la abuela, la comadre de la abuela, la hermana, el cuñado, la amante del cuñado, y todo el reguero de chamacos del que yo era parte, claro. Total, éramos nosotros tantos que nuestro árbol ya no tenía nada ni de genial ni de lógico, era más bien como un bosque entero que se desparramaba por todas partes, y nada de genial, porque la mayoría éramos rete güeyes, la neta. Pero bueno, a poco cree que uno iba a poder jalarle al pescuezo tranquilo... qué va. No, mire, si todavía me acuerdo bien, yo dormía en el tercer piso de una litera, y ya bien de noche, cuando mi mamá ya había mandado a dormir a todos... Bueno, pues yo empezaba a darle. Siempre y cuando no pasara de primera velocidad, todo estaba bien. Pero apenas se me ocurría acelerarle a la segunda y todas las pinche literas empezaba a rechinar como gemidos de muerto y toda mi familia comenzaba a cacarear, “¿qué pasa?, ¿está temblando?, ¿qué sucede?” Bahhh, la cosa es... yo y varios compas tuvimos que irnos a tener nuestras primeras vivencias de placer secreto ahí, entre puro pinche carro deshuesado, y un silencio que daba miedo, la neta. Allí nadie nos veía... o casi nadie, porque a veces uno se encontraba con que... ah, chingados, si no sólo eran los carros los deshuesado sino que... ¡ah, canijos! Ni cómo imaginarse que dentro de poco uno mismo... Pero bueno, la cosa es... si yo estaba hablando de... cómo fue que pasé a... pffff, escuchen *(retoma el periódico:)* “se sospecha que fueron víctimas de un ajuste de cuentas pero aún no se sabe quiénes son los responsables. Elementos del ministerio cuestionan a los vecinos para descubrir cuáles fueron las causas de muerte de estos seis cadáveres fallecidos que...” *(Decepcionado, arruga el periódico y lo tira. Nuevamente, al público:)* ¿Sabe lo que pienso de esto, señora? Los de la procuraduría son unos pendejos. ¿A poco, no? Llegan un día después al lugar del crimen y ni siquiera saben buscar. No son seis muertos, son siete, ¿y el séptimo?, ¿dónde está?, ¿usted lo ha visto, señor? *(Ríe dolorosamente.)* Es que no chinguen, ya el colmo es no tener ni siquiera el pinche privilegio de salir en *El metro*. ¡El

metro que ha cumplido tantos sueños! Hasta las mamás han de sentirse orgullosas cuando ven a su chamaco ahí, ¡su escuincle, por fin, en primera plana del periódico nacional! “Ay vecinita, ¿ya vio a mi’jo? Salió hoy en primera plana.” “No me diga, ¿a poco es al que le dieron de cenar su pan de muerto?” “No vecinita, a él lo... a él lo... ¡sí es el de la primera plana, le digo!” Pero no tener ni el pinche privilegio de una notita... eso sí qué poca madre. Y eso que revisé en todos los periódicos. En *El gráfico*... nada. *La prensa*... nada. Y por último me dije: en *El metro*, ¡cómo no se me había ocurrido!, a huevo que ahí al menos una notita... ni madres. *(Pausa.)* ¿Y qué pasó con el güerito de la playera de Superman que vendía pistaches y cigarros? Pues quién sabe. Como si nunca hubiera existido. *(Pausa.)* Les juro que ha sido la pinche muerte más estúpida del Hoyo, sí... No, no es cierto, la más estúpida, no. La neta el pinche Pipis es el que se lleva las palmas a la muerte más estúpida. Sí, ese güey... era famoso en el Hoyo porque era el que podía aguantarse más tiempo las ganas de mear. Verlo aguantárselas las ganas se convirtió en la fiesta del Hoyo. ¡Vengan todos a ver la vejigota del Pipis que está a punto de estallar! Y ahí vienen todos, hasta las señoras con sus morritos ahí venían a ver el show del Pipis. La cosa era así: yo, varios compas y él nos sentábamos en una gran mesa y nos poníamos a chelear. A las cinco chelas ya todos habíamos corrido al baño, pero el Pipis seguía ahí sentadito, bien orgulloso el cabrón, con la cara amarilla así como de un santo. Le voy a decir algo, yo creo que eso de andarse aguantando la meada ya se había convertido en su gran orgullo personal, todos por ahí lo conocíamos por eso, y él gozaba viendo nuestras caras de apantallados. Por más que le gritaba: “Ya Pipis, córrele al baño güey, no te nos vayas a reventar aquí”, pues por más que le gritaba el güey seguía, y seguía... bien orgulloso, hasta que un día... paaaaahhh. *(Pausa.)* En el Hoyo dicen que el Pipis era un santo, que na’ más la vejiga de un santo puede acaudalar tanto. Y también dicen que el día en que murió, que ese día llovió amarillo. En fin compa, mea todo lo que quieras ahora que ya andas en la eternidad. Pero a ver, entonces... ¿si no ha sido la muerte más estúpida? Me cae que ha sido la... la más triste, sí, me cae de madres que... no, no, no, espérese, ¿y todos los chamacos que han sido asesinados tan a lo pendejo? Como sea ya uno vivió algo de lo que le tocaba, pero todos los chamacos que apenas andaban saboreando un poco de la vida y... No, no, sin duda ellos son las más tristes. Pero, ¿entonces? Si no ha sido ni la más estúpida ni la más triste... yo creo que ésta ha sido la más ojete, sí. Porque, ¿saben? El que debería andar muerto es el pinche de Chuy. Era a ese culero al que andaban buscando. Yo sólo... pa’mí sólo era otra madrugada más... *(Comienza a recordar y, al hacerlo, la escena evocada de algún modo se hace presente.)* Andaba levantado igual que siempre a las cuatro de la mañana terminando de tostar mis pistaches para esa jornada. Porque me tenía que levantar temprano a tostarlos, pa’que el tostado sepa a reciente, pues. Porque nadie vendía unos pistaches tan sabrosos como los míos, la neta. Yo los preparaba con un toque secreto que... ahhh no, ahora no les voy a decir, si a mí ya me llevó la fregada, pues ahora ustedes también ya se fregaron: ya no les va a tocar probar los pistaches más ricos que jamás hubieran probado. Ahora que se atrevan a visitar El hoyo, puro pinche cacahuete agrio van a encontrar. Pero bueno, ya no se las hago tan larga, a lo mejor es el pinche miedo de llegar hasta ese punto de mi historia el que me hace como arañarme para no llegar, el miedo de recordar, porque me cae que a veces uno tiene más miedo recordando lo que uno vivió que cuando a uno le toca vivir eso que luego va a recordar. En fin... la cosa es que andaba levantado, y ya hasta con mi playera de siempre de Superman. Afuera... los mismos perros de siempre ladrando como siempre a la misma hora. Las mismas luces de la calle que dibujaban en mi cuarto las mismas sombras. Todo como un espejo del día anterior y... del anterior. Parecía ser todo otra vez la misma mierda de siempre cuando en eso escucho que alguien grita: *(Se oyen unos golpes. Los sicarios:)* “¡Abre pinche Chuy, te traemos un recado de la Catrina, cabrón!” *(Él mismo, a los sicarios:)* “Aquí no vive ningún Chuy, oiga.” *(Silencio.)* “Creo que Chuy es el que vive enfrente”. *(Silencio. Al público:)* Total, iba a regresar a lo mío cuando en eso escucho unos golpes, unos balazos y... de un

momento a otro, sin darme cuenta cómo, ya había dos güeyes adentro de mi cuarto revolviéndolo todo... pero todo, oiga, hasta mis chones. Yo les gritaba: (*A los sicarios:*) “Oiga, ¿qué les pasa?, ya les dije que aquí no vive ningún Chuy, ¿qué chingados están buscando?” Pero ellos no me oían, seguían revuelque y revuelque. Yo escuchaba que uno le decía al otro, “Aquí no hay ninguna mercancía, güey, ¿estás seguro que era aquí?” “Que sí, chingada madre. A ver, revísale bien, si me dijeron clarito que era el veinticinco.” (*Al público:*) ¿El veinticinco?, ¿cómo que el veinte...? Si mi cuarto era el número dos, no el veinticinco. El veinticinco era el de... Claro, en eso que me doy cuenta. ¿Saben lo que había hecho el pinche ojete del Chuy? Le había borrado el cinco a su puerta y se lo había pintado a la mía. Qué poca madre. Pero lo que más me encabronó fue que ni siquiera se diera la tarea de hacerlo bien. Porque le voy a decir algo, y no es que quiera andarle de presumido, no, pues ya qué: pero mi dos estaba re-bien pintadito, la neta. Era un dos así como... como... pus bien bonito pues, así como la señorita de allá. Y en cambio el pinche cinco que me había pintado el culero del Chuy se parecía así como a... como a... bueno, mejor no digo como a quién, pero estaba todo así, pues (*imita al cinco.*) Y esos güeyes, ¿pues qué no se daban cuenta que ese cinco no le encajaba a ese dos?, ¿y qué no se fijaban en cómo iba el pinche orden de la numeración? ¡Pero qué se van a andar fijando en el orden de la numeración! Si ahí en el El hoyo cada quien le pone a su casa el pinche número que se le antoja. Que ahora a usted se le antoja vivir en el un millón doscientos mil millones, ahh, pus muy fácil: va por el pinche bote de pintura y le pinta a su puerta los pinches ceros que se le hinchen su regalada gana. Como si se imaginara su cuenta bancaria. Si supiera na'mas cuántos sesenta y nuevas hay na'más en mi cuadra. A todo el mundo le gusta andarle poniendo sesenta y nueve, quién sabe por qué. Bueno, pero les decía... ¿qué les decía? Ahh, sí, la cosa es que esos cabrones por fin se dieron cuenta que yo no tenía escondido nada. Digo, tampoco es que hubiera mucho donde esconder, la neta, mi cuarto era... era así como... bueno, pa'qué andar recordando la maldita miseria. La cosa es que al fin se fueron, y todavía oigo que al salir uno le dice al otro: “Este de las pepitas ya valió cacahuates.” Y yo, sin entender todavía: “¿Cómo que valí cacahuates? Y además no son pepitas, oiga, son pistaches, no confunda que no es lo mismo.” Total, que al fin se van, y yo con una pinche rabia que se me atravesaba acá en el gaznate, me decido a ir a partirle su madre al pinche de Chuy cuando en eso chíngale, que me tropiezo con un cuerpo tirado afuerita de mi cuarto. (*Se transporta a aquel momento, reaccionando a su propio cuerpo tirado frente a él:*) Tenía la cabeza toda torcida y un pinche balazo en la barriga. ¡Qué pedo! Pero lo raro empezó cuando me di cuenta que tenía puestas mis mismas ropas: el mismo pinche pantalón madreado, la misma playera de Superman. Ahí sí que se me puso bien chiquita, ¿pero cómo?, si esa playera de Superman nada más podía ser mía, como es que... si hace sólo unos momentos yo... (*Silencio.*) Chale. Y yo siempre había dicho que las peliculitas esas del *Ghost* eran puras mamadas. ¿Si sabe de qué peliculita le estoy hablando, verdad? La esa que se llamaba *Ghost* y de apellido le pusieron *La sombra del amor*. Hágame usted el favor, si ya desde el nombrecito ese suena a mamada. ¿Por qué me ve así?, ¿qué no sabe de cuál le hablo? Ahí donde un Chuy hijo de su chingada va y mata al novio de la Demi Murr. Porque la neta Chuys hijos de su chingada hay por todas partes. Bueno, la cosa es que yo vi varias veces la peliculita esa con mi mamá, y ella siempre se ponía chille y chille con la cancioncita esa mamarracha de... ya sabe usted cuál, ¿verdad? La cosa es que yo me enojaba: “mamá, ya, por favor, deja de andar llorando con esta película.” Aunque le soy franco, señor: a veces yo también me ponía a llorar con ella, la neta. Pero a mí no me gustaba verla llorar con esas mentirotas que lo obligan a tragarse a uno en la tele, al menos así pensaba antes, porque ahora me ando dando cuenta que ni tan mentiras. ¡Si es algo así! Que a poco cree que a un día puede llegar un cualquiera y meterle un plomazo de la nada y ya hasta ahí se quedó uno. No, señor. Cuando a uno se lo echan, al menos cuando se lo echan así sin decir agua va, uno no se despega bien de la vida, no. En el Hoyo rápido se empezó a correr el rumor: mataron al

Güerito que vendía pistaches y cigarros. Y ahí vienen todos a ver, hasta mi madrina doña Eduviges que vivía hasta el mero fondo de El hoyo, apenas se enteró se envolvió en su cobija y fue corriendo bien excitada a ver qué pasaba. (*Trae al presente aquel momento, encarnando a los diversos vecinos de El hoyo:*) “¿Ay compadre, qué es eso?” “Pus creo que eso es su ahijado, comadre.” “Ay, no me diga eso. Ayyy pero si sí es él, es su playera de Superman, compadre, mire.” (*Al público:*) Ahhh, porque le voy a decir otra cosa: ahí en el Hoyo todo mundo es compadre y comadre de todo mundo, y todos ahijados de todos... el incesto nacional. (*Vecinos:*) “Oiga compadre, ¿y sí se murió de verdad?” “No me ande diciendo pendejadas, comadre. ¡Pus ni modo que se ande muriendo de a mentiritas. Pues que no está viendo el balazote que le soltaron.” “Ay, compadre, no es posible, ¿y si llamamos a una ambulancia?” “¡Una ambulancia! ¿Y pus ya pa’ qué?, si ya está bien tieso.” “Y entonces... ¿a la policía?” “A la policía, comadre, no me chingue. Luego les gusta ponerse a hacer preguntas y yo ahorita no quiero. Dejé mis huevos a la mitad y si me pongo a responder preguntas se me van a enfriar. Además, la verdad le voy a hablar claro: yo creo que su ahijado andaba metido en cosas raras, por algo lo mataron, ¿no?” (*Él mismo, al público:*) Y no tardaron en comenzar a llegar los demás vecinos que también venían de chismosotes, como moscas a la pachanga: “Sí, yo estoy de acuerdo con don Lupe. Yo luego veía que su ahijado como que caminaba raro, como que torcía las patas. Le voy a decir algo, doña Eduviges, pero prométame que no se va a ofender. A ver, prométamelo. Pa’mí que su ahijado era un nahual.” “¡Ay, no me diga eso, no me diga que mi ahijado me salió nahual, no, no, todo menos eso, señor, no! Oiga, pero... ¿qué es eso de nahual?” “Pus los nahuales son así como... pus algo así como... pus no sé decirle bien pero son re’ malos. En mi pueblo había uno, ¿y sabe como nos lo echamos? A puro cacharrazo al hijo de su chingada.” “Pus no quiero perturbarla de más comadre pero sí, tiene razón aquí éste, su ahijado era un nahual, y que se me hace que de los peores.” “Si este ojo no me falla, don Lupe, yo los sé reconocer rete bien. Fue por culpa de este desgraciado nahual que nunca me casé, estoy seguro que era él el que me ahuyentaba a mi chaparrita.” “Ay, también a mí, ahora que lo ando viendo, por culpa de él es que siempre se me andaba batiendo el arroz. Sí, ahora que me acuerdo, desde que mi madrina me lo enseñó yo vi como que... como que no era humano, no. Si se retorció como culebra en su cuna, sí, qué se me hace que ya desde bebé era nahual” “Ya ve, se lo dije, doña Eduviges, si este ojo no me falla. La verdad, prométame que no se va a ofender, pero la verdad qué bueno que lo mataron!” (*le escupe.*) “Pues lamento mucho de todo corazón que su ahijado le haya salido nahual, comadre. Ahora présteme su cobija que a los nahuales hay que echarlos al basurero.” (*Él mismo:*) Yo sólo los escuchaba y... (*Hablándoles a los vecinos y tratando de impedir que lo envuelvan en la sábana, sin que lo escuchen:*) “¡Qué! ¡A la basura! ¡No, por favor, a la basura no! Llamen a una ambulancia, a lo mejor todavía me queda tantita vida. Les juro que fue una equivocación, era al Chuy al que... No, espérense, no me arrojen en la basura, dejen esa cobija en paz, espere...!” (*Ve cómo envuelven su cuerpo y se lo llevan. Al público:*) Total, me envolvieron en la cobija de mi madrina, me subieron a la camioneta de Don Lupe y me fueron a echar al basurero de La ratonera... porque así se llaman nuestros barrios: *El hoyo, La ratonera, El pozo...* Qué hijos de su chingada. Y mi madrina resultó la peor, la más entusiasmada con eso de que yo era nahual. Pinche madrina que me fue a encontrar mi mamá. La neta cuiden bien con quien andan apadrinando a sus chamacos porque... Ahora resultaba que yo había sido el culpable de que nunca se casaran, y hasta que se les salara la comida, hágame usted el favor. Si ni sabía cocinar mi pinche madrina. Total, llevaron mi cuerpo hasta el basurero, y na’ más el culero de Don Lupe empezó a darles instrucciones desde el volante. (*Vecinos:*) “Ahora sí, se acabaron todos los males del Hoyo, agárrenlo bien firme entre todos que a este hay que echarlo lejos.” “Sí, don Lupe, usted díganos. Maldito nahual, vas a ver que ahora si me voy a encontrar a mi chaparrita. Ahora sí, uno, dos y...” “Ay, no, no, espérese tantito compadre, sólo quiero decir una última cosa: que yo voy a querer mi cobija de vuelta.” “Pero si ya está infectada de Nahual, doña

Eduviges, ¿pa' qué la quiere?" "Bueno... yo... es que... no me malentienda... si la cobija es buena, ¿o qué usted me va a regalar una nueva?" "¡Pero una cobija infectada de nahual es muy grave, doña Eduviges!" "A ver, a ver, no hay por qué discutir. Yo como compadre de doña... doña... eh... yo como compadre de mi comadre, me hago responsable. Aquí entre todos nos vamos a cooperar para comprarle una cobija nueva a mi comadre, ¿me escuchan?", "Sí, don Lupe, sí. Yo mismo se la voy a elegir doña Eduviges, una bien chula. Para que vea que en El hoyo somos bien solidarios. Pero tú sí ya valiste verga, pinche nahual. Ahora sí, una, dos y..." (*Él mismo, viendo su propio cuerpo tirado en la basura.*) En los malditos deshechos, ahí acabe, chingaos. Y no es por nada que a esa lugar le dicen la ratonera, porque en un ratito ya todas las pinches ratas de por el rumbo andaban de fiesta con mi cadáver. (*A las ratas.*) "Ey, shhuuuu, áyanse de aquí, ey, pinches ratas... ¡qué no saben respetar a los muertos!" Y pinche susto que me llevé cuando vi que una rata sí me oyó. Yo creo que era una rata médium, porque volteó a verme y empezó a reírse en mi cara... (*la rata se ríe. Él reacciona a la risa.*) Ey, sshuuu, aprenda a respetar a los muertos, que no porque estén en la basura... (*La vuelve a reír. Luego él mismo se la mienta a la rata.*) Ahhh esas de El hoyo qué pinches ratas tan... pus tan pinche ratas, ¿no? Total, terminé por irme de ahí y empecé a pulular como ánima por las calles. Y veo que no soy el único, sino que hay muertos pulule y pulule por todas partes. Eran las ánimas de todos los asesinados. Ahí andaban, rondando de un lado a otro, o algunas sentadas y columpiándose con el balanceo del dolor. Y de pronto me di cuenta que algo se escuchaba de ellas. Era como un chillido. Sí, un chillido que apenas alcanzaba a oírse, como que se oía y no se oía, porque se confundía con el sonido del aire. Y al ver sus ojos me di cuenta que... lloraban sí, pero lloraban sin poder llorar. Porque las ánimas estamos secas. Ya no nos queda ni siquiera el consuelo de las lágrimas, sólo el dolor y las puras ganas de chillar. Y también veo que... arriba... en los puentes... rondaban de un lado a otro. Al principio, no entendí... (*a las ánimas de los puentes.*) Ey... shhh... tú... acá abajo... ¿a ti también? (*El ánimo de un puente voltea a verlo.*) Hasta que... me cayó el veinte... eran las ánimas de todos los que habían colgado en El Hoyo y... al ver el hueco de sus ojos, entonces... (*Silencio.*) No me había dado cuenta que en el Hoyo se habían echado a tantos. Y de repente, entre tanta chilladera, ¿a quién creen que me encuentro? ¡Al Pipis! Ahí estaba, sentado solo en una banqueta, y con la cara apretada porque todavía se andaba aguantando las ganas de mear. (*Al Pipis.*) "Ey Pipis, ¿qué haces aquí, cabrón?" (*El Pipis le responde algo inaudible para los vivos.*) Y ¿ya pa' qué te andas aguantando? Si ya estás rete muerto, güey. (*El Pipis responde.*) ¿De veras? (*El Pipis responde.*) Uuuuy Pipis, y ¿dónde está? (*El Pipis responde.*) ¿Con el de la cebolla?, ¿y así lo metió a hervir con todo y tripas y luego...? (*El Pipis le responde.*) Uuuuy, Pipis, de veras que... ¿Y quién se comió esos tamales? (*El Pipis responde.*) ¿De veras Pipis?, ¿y dónde está? (*El Pipis responde.*) Aquí mismo entre ellos, Pipis, no me digas. (*El Pipis responde.*) Uuuuuy Pips, en fin, si los vivos supieran... (*al Pipis responde.*) Bueno Pipis, pues por aquí andamos, nos andamos aquí cruzando por la eternidad. (*Al público, en presente.*) En fin, si vieran lo que me anda contando el Pipis, lo que luego se andan comiendo los vivos sin saber... Pero bueno, la cosa es que seguí mi camino... ¡cuánta chilladera flotando en el aire, chingados!, y mientras tanto los que todavía andaban vivos caminando entre nosotros como si nada. Si ahí de pronto veo a mi madrina que iba corriendo a ver ahora a quién enchinchaba. Y por ahí iba el cucarachas colgado de mosca en el camión, como siempre. Y por ahí se escuchaba al carrito de *Se compran colchones, estufas y fierros viejos que vendan...* pinche camioncito ése, de una vez les advierto que ni en la eternidad se van a librar de él. Bueno, la cosa es que ahí andaban los vivos, y de repente yo me pongo a gritarles. "¿Qué no escuchan?, ¿no escuchan los llantos?, ¿cómo pueden caminar entre...?" No, nadie oía nada... cada uno seguía su camino y... (*A uno del público.*) ¿Le digo algo, señor? Cada que sienta como algo raro, algo así como... cómo le diré... pues así como... como si alguien llegara por atrás y le diera un... un zape sí... es porque el ánima de algún asesinado

anda chillando cerca de usted. Porque es lo único que podemos hacer, a veces, los muertos, a veces es tanta la pinche rabia que se nos acumula que chíngale. (*A otro del público.*) ¿Quiere probar como sí? (*pareciera que algo atraviesa su cuerpo, las ánimas a su alrededor.*) O a veces... sólo es cosa de parar bien la oreja y oír. Y entonces uno se da cuenta, que más allá del silencio, hay algo, que todos estos asesinados no se han ido sino están aquí, entre nosotros... ¿escuchan? (*Silencio.*) Bueno... pero total, les andaba diciendo que... ¿qué? Ah, sí, estaba en... Ah, canijos, como que el tiempo ya se me hizo pegostes... ¿Arcelia? ¿Les andaba contando de Arcelia? No, no. Arcelia, todavía no es tu turno, espérate tantito. Les andaba contando de... ah, sí. La cosa es que me pongo a pulular por las calles, y puro pinche muerto chillón pa'donde quiera que volteaba. Y yo también, como que ya se me estaba subiendo la chillona. Pero no. Todavía no. Había sido todo muy culero, sí, pero... Me propuse hacer todas las cosas que no había podido hacer mientras andaba vivo. Me metí al metro y me trepé en el vagón de hasta adelante, el del conductor. Siempre había sido una ilusión de chamaco... de esas ilusiones pendejas que uno tiene de escuincla. Y hasta se lo dije una vez a mi mamá, que en paz descanse, que ella si pudo: “mamá, de grande me gustaría conducir el metro.” Pero ella puso unos ojos de espanto que... (*La madre:*) “¡Ay, mi'jo, ¿pero qué estás diciendo? ¿Y pa'eso tantas horas de andar abriendo las patas?, ¡pa'que me digas que quieres andar de conductor de metro!, ¿sabes lo que quiere ser el hijo de doña Eduvigis? Piloto del avión presidencial del presidente de USA, por qué mejor no lo andas imitando, ¿eh? Conductor de metro...” Y cuando vio en lo que me había convertido: “Ay, mi'jo, cómo no te dejé cumplir tu sueño, capaz y ahorita ya andarías conduciendo la línea dieciocho del metro.” Ahhh, porque en el Hoyo ya tenemos línea dieciocho, ¿ehhh? Y esa sí funciona. Va de estación de la fregada a estación de la chingada. Total, me metí al metro y me subí en la cabina del conductor... y ahí andábamos él y yo. Yo un ánima bien portadita, ¿ehhh?, nada de andarle dando de zapes ni nada... no, no, bien portadita, pero de pronto que se me sube la platicona, y que empiezo a contarle lo culero que había estado todo, sobre el Chuy y la ojete de mi madrina y cómo me había echado al basurero, hable y hable como si con las palabras tratara de drenar un poco del dolor que me ahogaba. Y yo creo que él sí debía escuchar algo, porque a veces se rascaba, y luego volteaba como a buscar algo, como si escuchara un susurro del más allá. Y yo trataba de ver si “eiiii, túuuu, me escuchas”. Total, ahí anduvimos un rato él y yo, hasta que de repente veo que: (*al conductor:*) “¡Oiga, frénele!, ¿qué no ve? Allí en el frente, allí hay alguien... lo va a... ¡frénele, frénele!” (*cierra los ojos ante una inminente catástrofe. Pausa. Los vuelve a abrir:*) También en el metro, todos los cabrones que se habían lanzado, penando justo ahí donde los habían despanzurrado. Total, salí a la calle y... (*se encuentra a mitad de alguna calle sin saber qué hacer ni a dónde ir.*) ¿ahora?, ¿qué chingaos? Ahí anduve un rato, pululando. Sin querer ser todavía parte de los muertos, no, todavía no iba a resignarme. Y que se me ocurre algo: ir al *Tempteishion*. Uyyy no sabe, el tempaision, ahí donde estaban las chamacas del Hoyo más sabroso. Digo... las chamacas más sabrosas del Hoyo, de las muy pocas que aún quedaban. (*A uno del público:*) Tiene que ir a verlas, señor, que su esposa le dé permiso ahora que aún anda vivo porque... ¡El tentptation!, ¡un palacio en medio del Hoyo! ¡como la pinche torre del tal señor Babel construida entre toda esa pinche miseria! Yo siempre había querido entrar, pero... la neta, la bebida la cobran como si le vendieron a uno la vida eterna, que, por cierto, ahora como andan las cosas... pero estos del tentptation sí se pasaban, y si le llevan su bebida adulterada, le cobran extra el adulterado, señor. Y una vez sí junté. Estuve vende y vende pistaches y cigarros de sol a sol hasta que junté mi billete de a 500. Uyyy no sabe, la primera vez que juntaba uno de quinientos en tan poquito tiempo. Hasta me dieron ganas de enmarcar mi billete, la neta. Pero no. Ese era para el *tenptaishon*. Me cambié mi playera de super-man y me puse una del Capitán América, señora. Llegué con mi billete de a quinientos pero el cabrón de la entrada que me ve, me barre, y le dice a su pareja: (*El guardia dirigiéndose al otro guardia:*) “Este no pasa, Mike”, (*Él mismo:*) “Ah,

chingaos, cómo que no paso, si aquí traigo mi billete de a quinientos”, (*El guardia:*) “No, tú no pasas. Si es el que vende pepitas aquí afuera, Mike, ¿cómo lo vamos a dejar entrar allí adentro?” (*él mismo hablando al cadenero:*) “Oiga, mire, en primer lugar no son pepitas, no confunda. Y en segundo lugar, si aquí traigo mi billete, oiga, cómo que no...” (*el cadenero:*) “¿Qué no escuchas que tú no pasas? Ándale, ya lárgate de aquí.” “Ah, ¿que no paso?” Y que me pongo de gallito, señor, y pffff (*se dispone a golpear al guardia pero el golpeado es él.*) Fui a acabar hasta... Pero ahora sí, ya de muerto, aprovechando que no me veían, entré viéndolos ahora yo con la barba bien parada. Y apenas entro, que me encuentro al cabrón del Natas y el Chancas, ahí estaban sentados con sus cadenotas de oro y sus dedos llenos de piedras, rodeados de morras, risa y risa... ¡cuántas vidas se debían esos cabrones!, tantas vidas debían que ya sólo podían pagar tantas vidas con más vidas. Ahí andaban, risa y risa. Total, me metí al salón del fondo donde estaban dando el show de la Ruby candente. Y ahí estaba ella, no sabe qué show, señor, muévase y muévase, encandendiendo a todos con sus rubís, dándole y dándole. (*La rubí candente baila frente a él.*) Ahí estuve un rato en primera fila, y luego, pus que se me ocurre algo ¡Si nadie te está viendo, güey, aprovecha!, que me dije yo a mí mismo, y que me subo al escenario y me acuesto abajito de la rubí pa’ mejorar la panorámica. Uuuuuy, no sabe qué panorámica. Ahí andaba ella, que el tubo pa’riba y el tubo pa’bajo, menée, y menée el bote sin saber que era al muerto al que se la meneaba. Uuuy, pero de pronto veo que... (*mirando su pantalones, a la altura del sexo*) algo pasaba, como que no... (*hablándole a su sexo:*) “Ei, tú güey, ¿qué pasa, por qué no reaccionas?, ¿pus no ves que te está bailando la Rubí?, es lo que siempre habías andando deseando, ¿no?” (*al público:*) Pero na’más no reaccionaba, ahí se quedaba como cáscara de plátano deprimido. Y ahí fue cuando descubrí, señorita: lo que se nos va junto con la vida es eso, el deseo. ¿Por qué eso es la vida, no? Puro andar deseando siempre, deseé y deseé todo el tiempo, y cuando el tiempo se nos agota lo único que queda es la pinche tristeza. Y eso que lo intenté, ¿eh? Uhhhhh... me canso ganso que lo intenté. Traté de resucitarlo al cabrón. Me puse a darle... y a darle y a darle... hasta que después de mucho, pero de mucho darle, na’más pa’ que lo dejara de andar fregando que escupe un fantasma de chorro bien pinche deslactosado. Hasta me dio pena verlo, la neta. Total, salí del *temptation* más agüitado de lo que había entrado. ¿Pero y entonces?, ¿ahora qué? ¿A poco iba ya a resignarme? No, ni madres, todavía no. Me metí al plaza megamulticinememas del *Hoyo*, aprovechando que... pues que tenía permanencia voluntaria ahora sí que... pus hasta después del fin de los tiempos, ¿no? Ahí estuve un rato, vagando de una sala a otra. Pero la neta qué mamadas hacen ahora. Me acuerdo bien, acababan de estrenar la fregadera esa del Avatar, ¿qué es eso? ¿Alguno la vio? Es que a quién le quieren ver la cara con esos pinches duendes con cara de pitufo aplastado. Nada como las que veía de chamaco, cuando hacían películas de a de veras. “Hasta el viento tiene miedo”, uuuuu... ¡Aso madre!, esas cosas sí eran de verdad, no las pendejadas de ahora. ¡Avatar! Pero lo peor no fue el pinche Avatar, lo peor fue que en una función me tocó detrás un grupo de fans disfrazados de avatares. ¡No chinguen, ahora sí que no chinguen, me cae que esas sí son faltas a la moralidad! Estuvieron ahí eche y eche desmadre toda la función, y mientras tanto yo detrás de ellos amordazado por el pinche dolor que se me atoraba en la pinche garganta. De veras que nunca ante había sentido tantas ganas de patearle el asiento al de adelante. Y en una de esas sí que me encabrono tanto que (*frota las manos y les da un zape:*) chingale. Alcanzo a darle una. Asssooooo... y que voltea a hacérmela de a tos, “oye tú cabrón vuelves a golpearme el...”, y pinche sustote que se llevó cuando vio que atrás no había nadie. Asso, me cae que ahí hasta el pinche avatar de verdad se le quitó su cara de pitufo pendejo y se puso amarillo. Total, salí más emputado de lo que había entrado. Y pa’ colmo, apenas salgo, me encuentro con otras ánimas que andaba a la entrada del cine chille y chille. Inmediatamente los reconocí. Era la quinceañera con sus chambelanes. (*los fantasmas de los mencionados aparecen delante de él.*) A ellos los habían matado en un salón de

bailes que estaba ahí donde ahora está el cine. Qué pinche historia esa. A un día de sus quinceaños, señora, estaban en pleno ensayo del vals este del Chayanne cuando en eso entran unos cabrones y pas pas pas... a todos parejo. Creo que andaban tras uno de los chambelanes pero como todos tuvieron la mala suerte de andar vestidos de negro, pus ahora sí que los pusieron a bailar a todos, ¿no? Ahí estaban, en el lugar mismo donde los sentenciaron, y entretanto los avatares pendejos saliendo del cine risa y risa, y chille y chille, y risa y risa, y chille y chille y... ¿y cómo no iba a chillar la quinceañera?, si ya lo tenían todo preparado, ¡todo! Ya habían comprado el vestido, y no sabe qué vestido eh, color pistache pero pistache de verdad, casi como los míos. Habían mandado a construir el pastel más alto jamás visto en El hoyo, ya hasta habían alquilado la limosina pa' irse a exhibir a la quinceañera por todo Reforma y... (*Viendo a los ojos al ánima de la quinceañera:*) Yo creo que ella sí me reconoció, porque volteó a verme, y creo que vio que... (*le habla al fantasma de la quinceañera:*) Sí niña, soy yo, el que vendía cigarros y pistaches a unas cuadras de aquí, también a mí. (*Continúa la narración con el público:*) Ella tenía la cara reventada de tanto chillar, y cuando me vio yo también, como que me entraron unas ganas tremendas, unas ganas tremendas de sentarme y ponerme a chillar con ellos. (*haciendo todo lo posible por contenerse.*) Pero no, la chillona todavía no iba a ganarme la batalla, todavía tenía algo que hacer. Algo de lo que siempre... en realidad sólo me quedaba por cumplir el que había sido mi único verdadero anhelo, sí. Fui a la casa de Arcelia. Arcelia... ahhh... creo que ella fue lo más cercano que conocí al... (*silencio.*) En mi barrio decían que era una santa porque ya andaba por los veintitantos y todavía andaba de aquí pa'llá. Ella vivía cruzando la avenida de los huesos, en una casa también bien chula. A veces yo me paraba a unos metros de su casa y la esperaba a verla salir. ¿Por qué nunca me atreví a acercarme y...? No, sólo me quedaba ahí, esperándola y esperándola, y de tanto estar ahí esperándola hasta le fui a componer varios poemas. ¿Quieren oírlos?, ¿no? Pues me vale madres si quieren o no quieren, ahí les va: “¡Arcelia, Arcelia, te amo con todo mi corazón herido y con todas mis arterias. Arcelia, Arcelia, te amo tanto que por ti hubiera ido hasta Argelia!” ¿Si se fijó que rima, señora? Porque un poema tiene que rimar, si no rima no es poema. Luego me encontraba con disque poemas y no tenían rima, oiga, no había... De verdad. Oiga, pues a quién le quieren tomar el pelo. Si luego yo me pongo a buscarle la rima, por adelante, por atrás, por las entre líneas y na'más no salía. Pus cómo... oiga, no... es como si yo le quisiera vender, qué, una gordita sin colesterol, qué va a decir usted, ¿eh? Es un fraude esta gordita. Lo mismo esos poemas sin rima oiga, ¿cómo? Sí, pues qué se creen, hacer poemas y que no rimen eso sí que... los míos si riman, ¿eh? Sí, señora... si yo lo hacía de verdad, no crea que era la pura faramalla, no, yo me tomaba la profesión de hacer poesías de a de veras. Hasta me compré un diccionario, y me quedaba ahí hasta que no encontraba la que rimaba. Uy, las rimotas que llegué a encontrar, “ya llegó el otoño y a mí me lleva el coño.” ¿Si cachó la rima? Ahí les va otra: “Tanto amor que te confeso y tú ni un pinche beso.” Si supiera, le fui a escribir poemas hasta a... a mi mamá, que en paz descansa, le escribí varios, pero ella también ponía unos ojos de espanto que... (*La mamá:*) “¿Qué es esto?” “Es un poema que te escribí, mamá, ¡y rima, mira!” “Ayyy, m'jo, mejor harías poniéndote a trabajar, que lo que hace falta aquí es dinero, no estas mariconerías... y si me saliste maricón dímelo que todavía ando a tiempo de pezcarme a algún pazguato que me haga otro.” Mi mamá... uuuuy, si les hablara de mi mamá, una gran señora, y lo que más me duele de todo es que cuando pasó a mejor vida, que ella si pudo, todos muy compadres y comadres pero a la mera hora... Pero pa' qué hurgarle más a la amargura. Mejor... ¿qué les andaba diciendo? Ah, sí, la cosa es que fui a casa de Arcelia, y ahora sí que me meto, señorita. Y ahí todo estaba en silencio. Sólo, allá arriba, el sonido de su violín. Porque ella era violinista, sí, la única en el hoyo que se supiera que tenía esas mañas... uuuuy, no sabe, si ella endulzaba todo el hoyo con su violín, (*Imita el sonido del violín.*) Total, que me meto a su casa y que subo hasta su cuarto y... ahí estaba ella, preciosa con su violín. Estuve ahí un rato para en la

puerta, con mi concierto pa'mí sólo, hasta que de repente sin avisar que se me sube otra vez la platicona: *(Le habla a Arcelia.)* “¡Arcelia! ¡Soy yo! ¡El que vendía pis... el microempresario que trabajaba a unas cuadras de aquí! Me mataron, Arcelia. El pinche del Chuy hizo un desmadre con la numeración y unos cabrones me soltaron un balazo aquí, mira. Yo te juro... te juro que yo sólo... tú sabes, yo jamás me metí en nada ni con nadie... yo sólo...” Así estuve un largo rato, háblele, y háblele, parado en la entrada de la puerta, y entonces señor que se me ocurre algo, y que me digo yo a mí mismo: “Oye, pus si ni te está viendo, güey, aprovecha.” Y entonces que... *(Silencio. Reacciona a algo que hace Arcelia. El público no lo ve, pero por la reacción de él podría deducirse que ella se ha desnudado o se cambiar de ropa. Él camina hacia ella, quien permanece invisible al público. La envuelve en sus brazos, le besa el cuello. Gracias a la reacción de él, el público logra ver que Arcelia percibe algo y quiere alejarse y él, desde la ubicuidad de la muerte, trata de retenerla:)* “Arcelia, ven... no tengas miedo, soy yo... no tengas miedo... Por qué me tuve que esperar hasta ahora para... si de vivo hubiera podido...” *(Silencio. Regresa al presente-público:)* Así estuve un rato, tratando de revivir en su cuello el sabor del deseo, y entonces... *(Por un momento parece juntar miradas con Arcelia, pero finalmente ella sale. Regresa a presente-público:)* que me entran otra vez unas ganas... unas ganas tremendas y... ahora sí que ya no me aguanto y que ahí mismo se me sube la chillona y que me pongo a chillar... sí. No sé por cuánto tiempo estuve ahí, chille y chille. Debió haber sido mucho tiempo el que estuve ahí porque ahora era de día y ahora de noche. Hasta que entendí, sí... entendí por qué todas las ánimas regresaban a chillar justito al sitio donde los sentenciaron. Entendí por qué los colgados rondaban en los puentes y por qué los túneles del metro estaban atestados con los espectros de todos los que se habían lanzado, sí. No sé por qué... como si fuera por un instintito de perro, uno necesita regresar y ponerse a chillar ahí, justito donde dio el último suspiro. Me despedí de Arcelia y regresé a mi calle. Y allí todo como si nada. Nada había pasado. Ahí estaba el pinche de don Lupe fumando igual que siempre, los mismos vatos jugando al fútbol, el pinche de Chuy haciendo sus pinches negocios. Pero lo que más me emputó fue que cuando entré a mi cuarto había un pendejete ahí, sentado en mi sillón viendo no sé qué mamada en la televisión, risa y risa, el cabrón *(Hablandole al hombre:)* “Qué haces aquí cabrón, este es mi pinche cuarto, salte de aquí ahora mismo,” pero el güey seguía ahí risa y risa, y no sólo eso, sino que también había un perro ahí, echado justo donde yo había caído. “Hijo de tu chingada... ¿qué no me oyes que te vayas de aquí? Cabrón, al menos déjenme un sitio donde chillar en paz, ¿no? Y tú pinche perro, ¿pus no que los perros tienen no sé cuántos pinches sentidos?, ¿qué no sientes que ahí cayó muerto alguien?” *(Al público:)* El pinche perro na'más movió la cola tantito y siguió ahí echado. Y sí, hasta que entendí qué hacía ese güey ahí, porque de repente veo entrar a mi madrina muy rozagante la hija de toditita su chingada madre. “¿Qué ha pasado, cachatoncito, todo bien?”, ¿qué ha pasado cachetoncito? ¡Cachetoncito! Ahhhh madrinita, ahora resulta que ya muerto tu ahijado, te agarras este lugar pa'traerte a tus cachetoncitos. Y no sólo eso, señor, sino ¿saben que traía en las manos?, ¡mis pistaches!, sí, las que había preparado esa misma madrugada que... “mira mi amor, te traje esta botanita”. Esta botanita... ¿pus no que era nahual y no sé qué tanto? ¿No que mi mercancía estaba embrujada y no sé qué...? De veras que pinche madrina que me fue a conseguir mi madre. Ya les dije que deben fijarse bien con quien apadrinan a sus chamacos, ¿verdad? Ah, porque no sólo eso, sino que de pronto echan al perro a un lado, extiende su cobija y se ponen a darle ahí mismo, en el misma cobija donde... Ahhhh, si ahí anduvieron, dándole y dándole, y mientras tanto yo maldice y maldice y ellos dándole y dándole, como si darle sobre esa misma cobija la excitara más. “Ayyy cachetoncito, ayyy, cómo me gusta que me des de zapes.” “Si yo no fui mujer, debió haber sido el perro”, “ayy, cachetoncito, no me andes cotorreando.” Qué pinche rabia. De veras que... lo que más nos frustra a los muertos es no tener el don de la venganza. Uno trae la venganza atravesada en el gaznate y... si yo pudiera... si por mi

fuera me orinaba sobre mi madrina y luego le sacaba las tripas y los sesos al Chuy y al pendejo de don Lupe y... ¿Pero saben algo? De todas las cosas que más me encabronan, lo que más más me emputa fue haber muerto así y ni siquiera haber probado nunca nada. Sí, de verdad, ni madres, verdad, apenas un curado o una cerveza en la navidad con mi mamá, eso sí, pero fuera de eso... qué chingaderas, de haber sabido que iba a terminar así... me hubiera metido en el business, me hubiera convertido en un cabrón, le hubiera pagado a mi madre un hospital, me hubiera deshecho de esta comadre y le hubiera buscado una comadre decente a mi mamá, un día hubiera llegado con Arcelia con los bolsillo hinchados y... si un buen día, puasss, bueno, al fin y al cabo debía morir de esto, ¿no? Pero morir así tan a lo pendejo y ni siquiera... de veras que... está para encabronarse, ¿no? Ahhhhh, pero eso sí, me cae que nadie en El hoyo volvió a probar unos pistaches como los míos, ésa fue mi venganza, ahora si van al hoyo les advierto que no van a encontrar más que puro pinche pistache amargo. Y total, como si uno nunca hubiera pasado por este pinche planeta, la vida siguió ahí como si nada, mi madrina siguió ahí, llevando a sus cachetoncitos, ahí pasaba el camión de colchones, estufas... que ya nunca le vendí los pinches fierros viejos, ahí siguió el Chuy y los mismos vatos y todo como si nada... En la pinche basura. ya ni qué decir la neta, lo único que tengo por decir es... chale, pus así fue. Así me tocó. Algunos seres no nacimos para ver la luz, chingados. Lo único es que, bueno... mis pistaches estaban chingones. Y nadie se quedó con mi forma de tostado, ojetes. Total, na'más me acuerdo que una vez oí a unos güeyes que platicaban: (*Breve silencio.*) “¿Y qué pasó con el que vendía pistaches, tú?” “Pus ahí andan diciendo que valió cacahuates.” “¿Cómo que valió cacahuate?” “Pues sí, creo que dicen que resultó que era un nahual.” “¿Un nahual?, ¿y qué es eso, tú?” “¡Qué no sabes!, los nahuales son así como... como.... Pues así como... pus quién sabe qué chingados sea eso pero hay cuando uno se los encuentra hay que deshacerse de ellos.” “Ahh, pues sí, oye, y por cierto, cómo se llamaba ese güey?” “Pues... ve tú a saber.” (*Al público:*) Ah, hijos de su chingada... Que cómo se llamaba ese güey, ¿cómo se llamaba?, Yo... yo... pues yo tengo muchos nombres... los nombres de todos los que han muerto así, a lo pendejo, y de los que nadie supo ni madres... y un chingo... sólo es cosa de abrir bien los ojos y uno se da cuenta que el aire está plagado de ánimas... que ya está agrio de tanto dolor... o no... a lo mejor no... a lo mejor de ellos simplemente no queda nada... y a lo mejor yo soy sólo un actor y el aire es el mismo aire de siempre y el sol el mismo sol de siempre, y otros niños seguirán naciendo y seguirán riendo y seguirán jugando ahí donde otros cayeron, y de esos que cayeron no permanecerá sino el olvido. (*Sale.*)